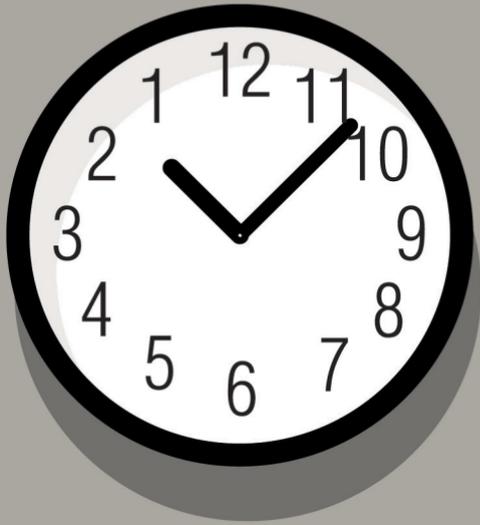


Avelino Fierro

CONTRA TIEMPO



Prólogo de Julio Llamazares

EOLAS
ediciones

CONTRA TIEMPO

AVELINO FIERRO



CONTRA TIEMPO
Diarios 2017-2018

Prólogo de

JULIO LLAMAZARES



eolas
ediciones

© texto y dibujos: Avelino Fierro Gómez, 2019
(excepto p. 145: Libertad)

© del prólogo: Julio Llamazares
© de esta edición: EOLAS ediciones

www.eolasediciones.es

Dirección editorial: Héctor Escobar
Corrección: Mar Astiárraga Panizo
Diseño e ilustración de cubierta: Fernando Ampudia
Maquetación: Alberto R. Torices

ISBN: 978-84-18079-11-5
Depósito Legal: LE 857-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Impreso en España · Printed in Spain

Prólogo

EL PASEANTE DISCRETO

JULIO LLAMAZARES

Habrá un día en que los que ahora ven ir y venir por León al fiscal Avelino Fierro dando sus paseos diarios, tomando vinos y *perfumados* (*gin tonics* de baja graduación) en sus bares de costumbre o visitando barrios en los que nada se le perdió pero por los que siente una atracción especial desde muy pequeño sabrán que, además de con un paseante discreto, compartieron la vida con un escritor de enorme talento, tanto como su sabiduría, que se extendía a campos tan diferentes como el Derecho, la poesía, la música, la filosofía o el arte; un escritor de la estirpe de aquellos que, como Kafka o Joyce, hicieron de su ciudad el principal personaje de su escritura y a ellos mismos sus protagonistas. Un *flâneur*, en fin, a la vieja usanza baudeleriana, del estilo de Walter Benjamin o Robert Walser, pero actualizado por su circunstancia.

El *flâneur*, que se distingue del paseante normal por su carácter hedonista, como de vagabundo snob, tiene en Avelino Fierro una particularidad personal que le viene de su profesión de fiscal: la doble vida con la que pasea, que le hace ser vagabundo y observador a la vez. Y todo con la discreción a que le obligan su profesión y su gran cultura, que le convierten en un paseante atípico, como atípica es la escritura de esos

paseos y de sus observaciones. La ciudad, además, impone su circunstancia. No sólo la paisajística, que es importante y está presente en cada capítulo del diario, así como la climatología (las nubes pasan en una procesión sin fin y los colores y sus contornos van transformándose a cada hora del día y con cada estación del año), sino también la vital e histórica, que se entremezclan como corresponde a una urbe tan antigua y tan provinciana como es León. Los contrastes saltan a cada paso del vagabundo, las diferencias humanas pueblan las calles y los rincones de una ciudad con un pie en sus perdidas glorias capitalinas altomedievales y el otro en la decadencia económica en la que sobrevive desde hace ya décadas. Todo eso queda reflejado como un paisaje que se repite pero a la vez se transforma día a día con los cambios de atmósfera y de luz y los de ánimo del paseante-escritor y se subsume en sus pensamientos, que aderezan y apuntalan las numerosas citas de las lecturas hechas a lo largo de una vida plena, de las musicales que suenan en la memoria de su conciencia o las que le reciben en los bares y locales que frecuenta, de las pictóricas, que también domina (en sus diarios aparecen continuos dibujos hechos por él que en nada desmerecen de lo escrito), formando el humus que nutre su inspiración y la misma urdimbre de su lenguaje, tan personales que forman ya un estilo propio. Como todos los diaristas, Avelino Fierro combina en sus escritos el recuerdo y el apunte a vuelapluma, la crónica breve y el poema, la narración y el pequeño ensayo, la melancolía y el dato, la tristeza y el humor, pero lo hace con un distanciamiento irónico y descreído que le distingue de esos escritores que todo lo llenan, o eso pretenden, de trascendencia o que están tan seguros de lo que piensan que ni siquiera dudan al escribirlo. Desde la primera página de su diario a la última —y entre ambas ya han pasado unos cuantos años, resumidos y recogidos de dos en dos en tres entregas librecas

más la presente, todas en la misma editorial Eolas— la escritura de Avelino Fierro tiene el aroma de lo evanescente, de lo que verdaderamente importa, que es lo cotidiano, eso que el tiempo se lleva y que raramente queda en la literatura de cualquier género, habituada a considerar importante lo que no lo es y superflua la verdadera esencia de la vida, ese fulgor de los días normales que se van como las nubes por el cielo un día detrás de otro y que se marchita en las fotografías. El propio título de este volumen, *Contra tiempo*, indica ya a las claras la voluntad que mueve a su autor al escribir, que no es otra que la de luchar contra el tiempo, que se lo lleva todo.

Un autor de diarios como Avelino Fierro, el también leonés de ascendencia Marcos Ordóñez, decía hace poco del género que lo mejor de él es «la libertad que te proporciona. Puedes correr en cualquier dirección, con la condición de no ponerte estupendo. Lo que atrapas es muchas veces lo que te cae...». Esa provisionalidad —que algunos toman por improvisación— es lo que hace del género diarístico un género especialísimo, alejado de la narración, que tanta atención requiere, y más cercano a la poesía, tan sorpresiva como fulgurante. El caso de Avelino Fierro es en esto clarificador. Su escribir sin argumentar, su discurrir sin ningún afán de llegar a conclusión ninguna o de convencer de nada, su búsqueda de la belleza no se sabe si por la búsqueda o por la belleza en sí, o por las dos razones a la vez, hacen de su escritura una originalidad que, aunque se reconoce en las de otros escritores de diarios, a los que cita incluso en muchas ocasiones (Azúa, Trapiello, Gómez de la Serna, D’Ors...), la emparenta con la de esos autores sin pretensiones que, como los pintores de bodegones y de paisajes en acuarela, alcanzan su máxima envergadura y peso en la ligereza. Quizá al que más se parezca Avelino Fierro, por ello, es a Josep Pla, el escritor catalán que con Marcos Ordóñez podría suscribir la afirmación que a

propósito de la escritura de diarios en estos tiempos de tanta enjundia hizo este: lo bonito es la libertad que te proporciona.

Después de *Una habitación en Europa*, *Ciudad de sombra* y *La vida a medias*, *Contra tiempo*, la cuarta entrega de sus diarios, es la confirmación de que Avelino Fierro es un escritor sin género, un escritor total y sin adjetivos que, demostrada la valía, ya no necesita definirse a sí mismo como un intruso ni hacer de la discreción un signo de identidad. El lector lo comprobará en cuanto empiece a leerle en lugar de a mí.

CONTRA TIEMPO

Para Cecilia, compañera de viajes.



Días de lluvia y viento
como inmaduras frutas,
esa claridad nerviosa
de paisaje deslavado.

Cruzo la plaza entre
la sombra de sus arcos,
un rumor de trueques
criba el silencio gris.

Con el cielo que se abre
viene la adolescente
en su aura de indolencia,
consagrada al anhelo.

Bajo los ojos para ver.

Han vuelto las lluvias y he recordado ese poema que escribí hace más de treinta años. Lo titulé «Aguacero» y puse también en él una cita de Justo Navarro, «la nube pasa y el fulgor se reanuda». Estaba entre un montón de papeles viejos, en aquella carpeta junto a varios intentos más de diálogo con la luz, las horas, una lágrima o el sonido de una voz. Iba

yo con mirada clara. No era suficiente: las palabras resbalaban como peces entre aguas nerviosas. Nunca más he vuelto a aquel desasosiego de líneas inciertas.

Voy en tren. Todavía es de noche. Se pueden ver las siluetas escuálidas de los árboles dibujándose contra una mañana lenta en el amanecer. Ya desde el andén la megafonía anda a sus chanzas y ahora anuncia que vamos a una población que está en sentido contrario. Un pasajero muy grueso lo celebra con regocijo. Algunos charcos brillan en las oscuras sementeras y en los dibujos que han dejado las ruedas de los tractores en los caminos.

Voy leyendo *Juegos reunidos*, de Marcos Ordóñez. Hay en las primeras páginas una suerte de memorias de juventud. Subrayo a lápiz algún párrafo que habla también de mí: esa mercería de pueblo en la que venden los libros de Agatha Christie —«en aquella época se vendían libros en lugares hoy pintorescos»—, o las misas modernas con curillas jóvenes guitarreando «Puente sobre aguas turbulentas»; y una luz de primavera avanzada que desembocaba en un verano eterno.

Describe aquella luz y aquella quietud. Emociones y desdichas —«como había tan poco de todo»— duraban mucho tiempo. Y aquella tarde en que va a un cine alejado, en Horta, a ver *L'important c'est d'aimer*. Todo ello me habla también a mí.

Veo ahora el brillo serpenteante de una carretera menuda que entra en un pueblo. Casas de adobe, establos, una iglesia con su espadaña sin torre gemela. Siluetas y esquinas todavía negras; sin luz en las farolas.

De entre esas sombras llega el murmullo del pasado, un murmullo también negro y calmo. Es como el poso de un vino recio; no como el hoy, todo nervios a flor de piel. Ya han empezado a ratonear, planeando, los milanos y en una charca formada por las lluvias, como sin venir a cuento, duerme todavía una bandada de patos.

Esas casas y ese apeadero, en el que ya nunca se detendrán estos trenes veloces. He visto fugazmente que sigue en pie un caserón de dos plantas casi al borde de los raíles. No he podido distinguir los detalles. Posiblemente vivió allí el guardaguasas con su familia. Y hubo algo de fonda con habitaciones. Y escenas como la que narra Gutiérrez-Solana.

«A las dos de la mañana llego a esta estación, que resplandece por la luz fuerte y fría de los arcos voltaicos; por las aberturas que deja la cristalería, a derecha e izquierda, se ve el cielo oscuro de la noche, donde parpadean las estrellas, y a lo lejos, y como perdida, alguna lucecilla roja de los almacenes de la estación y casas del pueblo. En las salas de espera hay gente durmiendo, mujeres sentadas en las cestas con las faldas por encima de la cabeza y muchos segadores tumbados en el suelo encima de sus mantas, con los pies desnudos e inmóviles como los muertos; tienen sombreros de cáñamo, de alas muy anchas, y algunas llevan sandalias. Como hace mucho calor, están sin chaquetas; por debajo de las fajas se ve la cintura del calzoncillo, lo mismo que la camisa, muy sudada de no cambiarse estas prendas en mucho tiempo, y las culeras del pantalón las tienen llenas de remiendos y agujeros, donde se ve la carne; en la correa llevan calabazas grandes y rojas para el agua; de las espuelas que hay tiradas en el suelo asoman los mangos de las hoces».

Yo también duermo a ratos o salgo a estirar las piernas a una zona sin pasajeros, un cuarto para bicicletas donde hay una máquina con dulcerías y, en un panel lateral, amarres de tortura y enchufes raros como para recargar las baterías de los *cyborgs*. Paso allí un tiempo hablando conmigo, meciéndome en el traqueteo y esperando una claridad que no acaba de venir para este día. No amanece.

Llego a la ciudad grande. Llamo a Mar y me cuenta que he dejado atrás el temporal que brama ahora por los alrededores

de nuestro barrio. Ha arruinado su mejor paraguas, me dice; y ha visto, con preocupación, dos macetas añicadas sobre la acera, de vuelta del cole de Libertad. Y en el huerto ha muerto una de las ocas.

Aquí no llueve y le pido al taxista que me deje al principio de la calle Zurbano. Paseo hasta Martínez Campos. En casa de Julio sólo está Leo. Me prepara un café y me cuenta cómo le ha ido por su Perú natal, al que no volvía desde hace más de diez años, y que hubo un gran temblor de tierra.

He venido a la capital a un homenaje que se le rinde a una buena profesional y amiga. Una vez allí charlo con amigos y conocidos. Algunos giran los ojos cuando hablo con ellos; tampoco van a tenerme tanto en cuenta, un funcionario de la provincia. Cuando eso acaba vuelvo a Martínez Campos para hacer tiempo y esperar que sea hora del tren de vuelta.

Hojeo un libro de fotografías de Navia sobre los lugares cervantinos y mi pensamiento vuelve a acomodarse en el tiempo lento del pasado. Es como encontrarse a salvo.

He quedado unos instantes adormecido. Llega Lourdes y vamos en taxi a la estación. El conductor tararea —parece que en buen inglés— una canción de U2 que no reconozco. En el tren hay una chica hermosa. Dice Sancho, «La que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista». Voy a ayudar a Lourdes a desempaquetar su maleta en la zona de los equipajes; quiere coger el ordenador. Nos da un ataque de risa porque forcejeamos y nos afanamos «descomponiendo el gesto», como a ella le gusta decir.

Sigo leyendo. Habla ahora Marcos Ordóñez en el capítulo que titula «Alcoholes», de aquella tienda umbría en la Riera Alta, «La Penúltima», en la que vendían una absenta que podía provocar alucinaciones simbolistas y hasta se decía que Jean-Pierre Léaud venía desde París para comprarla. Sería por aquellas fechas tan lejanas cuando también encontramos

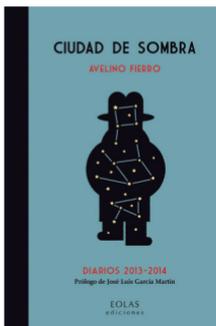
algunas cajas de esa bebida en un destartalado almacén de vinos. Recuerdo que aquello daba para un parloteo incesante al estar sentado, y sólo al levantarte percibías que al giro del mundo se habían añadido dificultades, palos en su rueda. Siempre fue entretenido beber ese licor y charlar. No estuvimos así mucho tiempo. Igual, de haber seguido se nos habría cambiado la cara a esa tristeza de los personajes del cuadro de Degas.

Hemos llegado a destino. En la plaza de la basílica encuentro a amigos que vienen del concierto del King's Consort, que ha ofrecido músicas del tiempo de Shakespeare. De nuevo ecos del pasado que, como las viejas locomotoras, hacen que mis pasos y mis deseos no lleven nunca el ritmo necesario para estos días nuevos y trepidantes de la alta velocidad.

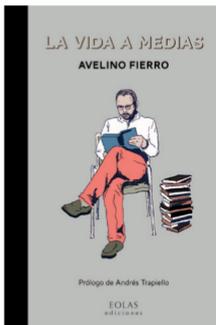
Del mismo autor en EOLAS ediciones:



**UNA HABITACIÓN
EN EUROPA**
Diarios 2010-2012



CIUDAD DE SOMBRA
Diarios 2013-2014
Prólogo de José Luis García Martín



LA VIDA A MEDIAS
Diarios 2015-2016
Prólogo de Andrés Trapiello



Esta primera edición de *Contra tiempo*, cuarta entrega de los diarios de Avelino Fierro publicada por EOLAS ediciones, se terminó de imprimir el 2 de diciembre de 2019, festividad del beato Juan Ruysbroeck, mientras el autor leía el poema «El solitario en otoño» de John Burnside

*y, gracias al silencio, gracias a la promesa de escarcha,
esta escena podría parecerme otra cosa:
el sabor de la fruta caída nadando en la corriente,
la evidencia parcial de un dios incierto
entre sauces y alisos.*

Hemos vuelto a este espacio cerrado con tapia de barro y bloques, en un costado del pueblo, en el camino que va a Fombuena y hacia la carretera. Si se llega desde la ciudad, esa entrada con hileras de chopos que está ahí desde siempre, ordena los prados —hoy sin animales— y abre la espita de la memoria. Senderos del tiempo y de la vida que, lentamente, remueven el pasado con el mismo sosiego con el que se balancean ahora las hojas altas que nos dan la bienvenida en su temblor, y nos dicen que hemos ido con su paso por los caminos y el combate de las horas, en esos nuestros desnudos de luz y sombras del simple vivir.



EOLAS
ediciones

